

Emociones y pandemia: esbozos de la incertidumbre

Algunos aspectos de la realidad chilena
durante la primera ola

EMOCIONES Y PANDEMIA: ESBOZOS DE LA INCERTIDUMBRE. ALGUNOS ASPECTOS DE LA REALIDAD CHILENA DURANTE LA PRIMERA OLA.

Francisco Álvarez Jiménez, Rafael Arriaza Peña, Coté Avello, Clément Colin, Paula Contreras Rojas, Devanir Da Silva Concha, Lorena Etcheberry Rojas, José Miguel Garay Rivera, Laura Marina Panizo, Mario Millones Espinoza, Carlos Parada Toledo, Iván Pincheira Torres, Valéril Robin Azevedo.

Grupo de Investigación en Emociones y Sociedad

Primera edición, noviembre de 2021

Álvarez, F.; Arriaza, R.; Avello, C.; Colin, C.; Contreras, P.; Da Silva, D.; Etcheberry, L.; Garay, J.; Millones, M.; Panizo, L.; Parada, C.; Pincheira, I. & Robin, V. (2021) “Emociones y pandemia: esbozos de la incertidumbre. Algunos aspectos de la realidad chilena durante la primera ola”. Santiago de Chile: Editorial Triángulo.

Foto portada: Mario Millones Espinoza
Editorial Triángulo, 2021
www.trianguloeditorial.org



Publicado bajo licencia Creative Commons

Atribución - Sin Derivar - 4.0 Internacional (CC BY - ND 4.0)

Se permite compartir, copiar y redistribuir este libro en cualquier medio o formato, mientras se reconozca la fuente, no sea usado con fines comerciales y no sea alterado. Para imprimir y distribuir más de 20 ejemplares, escribir a contacto@trianguloeditorial.org

Emociones y pandemia: esbozos de la incertidumbre

Algunos aspectos de la realidad chilena
durante la primera ola



Índice

Prólogo	9
Introducción	12
I. Regímenes emocionales: entre el estallido social y la pandemia	
Del estallido a la pandemia: Regímenes temporales-emocionales de dos cambios recientes.	
<i>Clément Colin</i>	24
El gobierno de las emociones en pandemia.	
<i>Iván Pincheira Torres</i>	33
Felicidad, y otras promesas incumplidas: Reflexiones sobre el Chile post-estallido y en pandemia.	
<i>José Miguel Garay Rivera</i>	45
II. Barreras y coacciones a la agencia político emocional	
Reconvertir la “mala muerte” en época del Covid-19.	
<i>Laura Marina Panizo y Valérie Robin Azevedo</i>	55
De estallido social, confinamiento pandémico e imágenes distópicas para la angustia.	
<i>Cote Avello</i>	64
III. Tránsitos emocionales en pandemia	
Flujos emocionales: indignación y sensación de injusticia.	
<i>Mario Millones Espinosa</i>	75
Del agotamiento a la ira, procesos emotivos durante la pandemia en Chile.	
<i>Rafael Arriaza Peña</i>	87

IV. Emociones, corporalidad y agencia

El viaje de las emociones a través del WhatsApp. <i>Laura Marina Panizo</i>	93
Confinamiento y encuentro con el otro: experiencia afectiva y de fe en el contexto de tele-vida. <i>Francisco Álvarez Jiménez</i>	99
Los miedos en tiempo de pandemia. <i>Paula Contreras Rojas</i>	106
Pérdidas (y duelos) en pandemia. <i>Francisco Álvarez Jiménez y Carlos Parada Toledo</i>	111
Olas emocionales y cuerpos (sociales) en movimiento: notas sobre ritmos e itinerarios emocionales. <i>Devanir da Silva Concha</i>	122
En la biopolítica pandémica: Situando la ternura como acto revolucionario. <i>Lorena Etcheberry Rojas</i>	135
Sobre las autoras y autores	145
Reseña del Grupo de Investigación en Emociones y sociedades (GIES)	153

EL VIAJE DE LAS EMOCIONES A TRAVÉS DEL WHATSAPP

Laura Marina Panizo

Escucho a Estela de Carlotto en una entrevista que le hacen por el día de su cumpleaños. Ella es una de las fundadoras de Abuelas de Plaza de Mayo en Argentina. Cumple 90 años y su cumpleaños coincide con el de Abuelas como institución. “Es de esas casualidades”, dice.

Estela está aislada en su casa desde que comenzó la pandemia. Está aislada y sufre corporalmente la inacción. La sufre porque desde la muerte de su hija, bajo la última dictadura militar, no ha dejado camino por recorrer. La búsqueda de su nieto y la de tantos niños apropiados ha sido el gran motor de la lucha que ni la pandemia ha podido detener. Pienso en su nieto recuperado: Ignacio, Guido para ella. Estela y él se encontraron finalmente después de 36 años de búsqueda. Pienso en ellos y me acuerdo cuando los vi en el aeropuerto de Ezeiza, en Buenos Aires. Inmediatamente les pedí sacarnos una foto. Posamos juntos Estela, Ignacio, mi hija y yo, en una fugaz integración. No sé a dónde iban, pero “iban”. Yo iba a Perú, a un encuentro científico. Me iba a encontrar con la antropóloga francesa Valérie Robin Azevedo por primera vez. Valérie me había invitado, y conocerla fue la apertura para la construcción de un enlace tan bello como enriquecedor. Paradójicamente con Valérie escribimos este año, 5 años después, un artículo sobre el proceso de la muerte en épocas del Covid. Pienso entonces que los viajes fundan lazos duraderos. Y que ahora es imposible viajar.

Viajaba mucho últimamente. Viajaba básicamente por y para la antropología. Lo hacía para conectar, conocer, discutir, compartir y también abrazar. Mientras Estela sigue hablando por una plataforma digital, en el día de su cumpleaños, vuelvo a pensar que en ese encuentro en el aeropuerto ella “iba” a algún lugar tam-

bién, mientras ahora se encuentra inevitablemente situada. Pienso en que extraño los aeropuertos y que desde que empezó todo, no pude volver a la Argentina. Sufro porque eso de “ir” se ha detenido considerablemente.

Sigo escuchando a Estela. La escucho y pienso en Anita Altamirano. Anita es también familiar de un detenido desaparecido, pero del otro lado de la Cordillera. En Chile también tuvieron que detenerse las mujeres en movimiento, sobre todo las mayores de edad. Se detuvieron al tiempo que Chile había despertado y se había puesto de pie.

Anita, igual que Estela, sufre de la inacción. Hace meses que hablo con ella a través del WhatsApp. La conocí por primera vez gracias al teléfono, y así sigo conectándome con ella hasta el día de hoy. Lo primero que me dijo es que adora y respeta a los argentinos. Eso me hizo sentir muy bien. Hablamos para que me cuente sus experiencias desde la desaparición de su esposo. Ella me cuenta y yo le cuento también, sobre mis cosas. Pero ella habla mucho más, habla todo lo que no se puede “mover”. Domesticada su dolor, y se preocupa por los otros. “Los suicidios de los hijos” me repite en más de una oportunidad.

Vuelvo al cumpleaños de Estela, ella sufre corporalmente el encierro. Sigo pensando en Anita y le escribo un mensaje. A Anita no he podido conocerla personalmente todavía. No pude sacarme una foto con ella. Pienso en lo difícil que es hacer “trabajo de campo” en pandemia. Los antropólogos nos conectamos corporalmente. Estar “ahí” para el antropólogo es un “habitar” fundacional para el acercamiento con el “otro”¹. Compartir, ser parte, dialogar, colaborar, mirar, abrazar. Una complicidad que es muy difícil de construir fuera del sitio. Trato de compensar

1 La problemática general de la antropología es la explicación de la diversidad social a través del reconocimiento de la perspectiva del actor (Guber 2004:93). Para acceder al mundo social de los actores en sus propios términos, Bronislaw Malinowski (1995), instala como método oficial de la antropología el método etnográfico: propone así, el trabajo de campo prolongado en estrecho contacto con los sujetos sociales como las condiciones adecuadas para observar la “realidad” en donde suceden los fenómenos que no pueden recogerse mediante las entrevistas. Propone la observación participante, como la forma a través de la cual el antropólogo, puede acceder a una cultura y sus significados “viéndolos”. En este marco, la participación e involucramiento del investigador en el mundo social de los “nativos” es la condición necesaria para el conocimiento de un sistema cultural. Las herramientas, en el trabajo de campo, son entonces la experiencia directa, los órganos sensoriales, y la afectividad (Guber). En otras palabras, es el antropólogo el primer instrumento de recolección de datos. En este marco, la etnografía como método de la antropología y como método de la escritura implica tanto un método como una reconfiguración existencial” (Wright, 2008).

esa ausencia con Anita y le voy compartiendo lo que hacemos con los estudiantes del proyecto de investigación. Le reenvió un vídeo que hicimos para el día de patrimonio sobre los centros clandestinos de detención y me dice “gracias”. Ese gracias me invade y enseguida llegan otros mensajes: “siempre me emociona cuando los jóvenes se sensibilizan con el tema de los DD.HH.”, “esos cartelitos para mí significan mucho”.

A Anita y a mí nos separa el Covid. La amenaza del virus hizo que Anita tenga ahora un movimiento pausado. Anita, al igual que Estela sufre la pausa. La sufre porque le cuesta mucho quedarse quieta. Ella transitó incansablemente múltiples itinerarios en reclamo por la verdad, la justicia, la memoria y la dignidad. Hizo huelga de hambre. Se fue al exterior, se enriqueció en experiencia, y volvió para multiplicarse. En la continua búsqueda se fortaleció, fundó una residencia para niños con cáncer, se preocupó por los niños que nacieron en el exilio y retornaron después de Pinochet, y creó un programa de apoyo pedagógico para atender a los hijos de los presos políticos. Anita les enseñó a ellos y enseñó a muchos más también. No hay encuentro en donde Anita no me recuerde que ella es Profesora Normalista, licenciada, que estudió psicopedagogía y educación diferencial. Dar clases fue siempre su gran pasión la cual le ayudó a sobrellevar la pérdida de su esposo. Pero su dedicación extrema por la enseñanza y su preocupación por los demás, hizo que poco pudiese ahondar en su experiencia tan personal como dolorosa.

En los primeros encuentros Anita no entraba en la “descripción densa” de su experiencia pasada. Pasaron varios encuentros hasta que se soltó. Se soltó para llegar a lo profundo. Al tiempo que lo hizo pensé que me hubiese gustado estar en su casa para acompañar su relato. Pero yo estaba en la mía. De todas maneras, la abracé. No sé si le llegó ese movimiento, pero a mí me dolieron los brazos por querer estirar, para que lleguen.

Cuando cortamos la comunicación me invadió un malestar. Me quedé un poco confundida después de ese “soltar de Anita”. Volvieron las preguntas que me tensionaron siempre. Me pregunté por la antropología, por mi objeto de investigación, por “invadir la privacidad del otro”. A esas preguntas se sumaron las del aislamiento social, eso de “entrar en la vida del otro” pero a la distancia. Al no haber podido estar corporalmente con ella no pude cuidarla, ni acariciarla, ni abra-

zarla. El aislamiento corporal genera mucha impotencia. Sentí temor por los efectos que podía haberle provocado “el encuentro” sostenido a la distancia, unidas por el WhastApp. Sin embargo, me escribió al rato, y eso me dio mucha tranquilidad. Me dejó por el teléfono un mensaje alentador: “Te quiero agradecer tu llamada y esta conversación. Me ayuda mucho a desenterrar los miedos y dolores que había que tenerlos retenidos. Había que seguir viviendo, trabajando, criando a los hijos. Te felicito por tu trabajo”.

Cuántas emociones en una pantalla. Las de ella: miedos, dolores, sentimientos retenidos, agradecimientos. Las mías: conmoción, sorpresa, alivio, y alegría por ayudar a desenterrar. Desenterrar las emociones. De alguna manera cuando uno hace investigación también desentierra. Se conoce al conocer al otro. Se refleja, se diferencia, se extrapola, se recuerda, se saca a la luz, y se transforma. Anita desenterró su pasado delicadamente con las palabras como los antropólogos forenses lo hacen con pinceles en las fosas clandestinas. Yo también me redescubro en ellos. Ese mensaje de Anita me alienta para seguir a pesar de la distancia. Pienso entonces en nuestro nuevo “ser-en-el-mundo” de la virtualidad, en el teléfono y el WhatsApp como nuestro nuevo horizonte en donde encontramos sentido en el estar en varios lugares, pero en el mismo lugar² .

Sigo escuchando a Estela. Dice que la pandemia le trajo muchos momentos de reflexión. No puedo dejar de pensar en Anita. “Hay muchas Anitas, en Anita”, me dijo en una oportunidad al compartirme una historia de su vida que escribieron y difundieron por algunos medios de comunicación. Yo conozco a algunas Anitas, fuera de esas. Conozco a la Anita de puertas adentro. La Anita en Pandemia. La Anita del aislamiento social. La Anita orgullosa del “despertar de Chile”. La Anita que quiere volver a las calles. La Anita que recibe a su nieta, y recupera a sus hijos. La Anita que se anima a desenterrar. Esas son mis Anitas, las que “adoro” con un sentimiento genuino de reciprocidad. Ellas son todas las Anitas en una. Anita es

2 En su trabajo sobre “ser-en-la-red virtual”, Silvia Citro y Rodolfo Puglisi nos proponen cuestionar nuestras concepciones tradicionales de sujeto y cuerpo, para entender que las redes virtuales son también parte de ese ser en el mundo corporizado. En ese sentido, las ideas del cuerpo como algo individual, territorializado y estable, deben ser tensionadas para pensarnos “como múltiples redes intersubjetivas, más o menos móviles y mutantes, encarnadas en cuerpos presentes y virtuales, que son el resultado de prácticas que citan y reiteran las normas hegemónicas que nos preexisten, pero que, en esa misma repetición, también habilitan subversiones... líneas de fuga y desterritorializaciones... (2015:13).

ellas y quiero acompañarlas. Lo hago como puedo, como todos, desde mi casa, a la distancia. Porque el aislamiento me ha acercado a las personas también. Me ha fundado relaciones, como en los viajes. Y me ha transformado con el viaje de las emociones a través del WhatsApp.

REFERENCIAS

Malinowski, Bronislaw (1995). *Los argonautas del pacífico occidental*. Barcelona: Ediciones Península.

Wright, Pablo (2008). *Ser en el sueño. Crónicas de historia y visa toba*. Buenos Aires: editorial Biblos.

Guber, Rosana (2008). *El salvaje metropolitano*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Citro Silvia & Puglisi, Rodolfo (2015). Ser-en -el mundo carnal, Ser-en-la red virtual. Desafíos para una antropología de las subjetividades-corporalidades contemporáneas. *Revista Topia: Psicoanálisis. Sociedad y Cultura*, 25(75), 12-13.